

SOBRE EL DETERMINISMO HISTORICO

(ANTE UNAS PALABRAS DE SU SANTIDAD.)

Su Santidad Pío XII ha pronunciado el 1 de septiembre pasado, en Roma, un breve discurso. Destacan en él las palabras, temblorosas de paternal emoción, con que el Padre Santo alude a la esperanza, por millones de almas compartida, en un mundo mejor, más justo y feliz que el presente. Pero es que hoy son también muchos los espíritus que empiezan a desconfiar en absoluto de ese mañana, quizá pavoroso, pero que puede trocarse en venturoso por el esfuerzo de los hombres. Para esas gentes, las palabras del Pontífice han de ser un rayo de luz en las tinieblas de su desánimo.

Cunde por ahí, solapadamente manifestada unas veces, des-
embozadamente otras, una cierta actitud psicológica, lo bastante infundada, por un lado, y lo suficientemente grave, de otro, como para merecer más que tal cual insólita referencia en algún que otro escrito. Me refiero a esa postura amedrentada con que en cualquier caso se rehuye hacer frente a un futuro que, por de pronto, se presenta como insoluble; insoluble precisamente porque aparece como demasiado resuelto; porque todos los signos por los que en el presente podemos colegirle coinciden, unánimes, en apuntar inexorablemente hacia una sola dirección, una sola ruta abierta a la zozobranante nave de la humanidad: cabalmente la ruta que conduce a los escollos. Sucede que en todo tiempo tal género de presentimientos han encontrado su lugar; mas con una diferencia en cuanto a los de ahora, imposible de soslayar. Y es que, si antes no pasaron, seguramente, de exteriorización de temperamentos más o menos propicios a teñir toda

realidad con los negros crespones del pesimismo, pudiera acontecer que en la coyuntura presente gentes harto reacias, por su complexión espiritual, a todo desaliento, se vieran intelectualmente arrastradas por la riada de un innegable y hasta cierto punto razonable catastrofismo, hasta desembocar en la desconsoladora negación de toda esperanza para lo por venir; cosa que sería más para preocupar que cualquier género de irreprimibles espantos irrazonados ante el aluvión de acontecimientos que, sin cansancio, insiste en servirnos la prensa de cada día.

Y no porque lo último deje de ser peligroso. Tiempo atrás se revolvía José María de Areilza, desde estas mismas páginas, contra determinadas interpretaciones, sobre falsas, harto extendidas, y sobre extendidas, demasiado peligrosas, del Alzamiento español de julio de 1936. Es preciso entender —venía, en conclusión, a decir—, y de una vez para siempre, que quienes entonces se levantaron contra lo que negaba cuanto de católico y nacional alentaba en España, lo hicieron por razones y en pos de objetivos netamente españoles, independientes, por supuesto, en absoluto, de cualquier género de ocasionales y más superficiales que reales coincidencias con fenómenos de fronteras allende. Para cualquiera que con alguna objetividad analice los hechos, la cosa no puede ser más evidente; pero medítese en que, precisamente por eso, porque ello exige hasta cierto punto un fino y sereno análisis, la otra interpretación pudo imponerse a muchos, y a tantos más cuanto más burda fuera, con el consiguiente riesgo. No falta ahora un ejemplo parejo, sólo que esta vez de dimensiones universales: es esa convicción, a que he empezado aludiendo, de un catastrófico epílogo del drama presente, contra el cual nada se podrá hacer. ¿Se negarán los riesgos inherentes a tal postura y especialmente a la difusión innegable de tal postura?

Porque es claro que a ella me refería al aludir a espantos ajenos a cualquier género de seria elaboración mental. No hay, en efecto, en la mayor parte de esos casos, análisis auténtico de la realidad, como no lo había cuando alegremente nos ligaban a vida y a muerte con una serie de fuerzas de signo sustancialmente diverso del nuestro. Ahora esos espíritus se encaran con la posibilidad de un porvenir distinto de aquel para el cual prepararon su entendimiento, y, gentes intelectualmente an-

quilosadas, faltas de flexibilidad, prefieren echar sobre sus adivinaciones, quizá fallidas, el borrón de un cerrado pesimismo, a procurar indagar lo que en verdad pueda palpitar tras los horizontes para ellos, hasta entonces, inexistentes, olvidando, de paso, que si en éstos la bruma es tal que un correcto deslinde de las posibilidades resulta problemático, tampoco el por ellos explorado era tan límpido que permitiera ninguna clase de beatífica contemplación. Ello es, desde luego, explicable. Aun en quien advierta distintamente lo últimamente apuntado por mí, y comprenda lo tremendo del callejón sin salida que es el presente momento, y lo trágico de todas las soluciones en que a primera vista parece agotarse el catálogo de las posibilidades, sería preciso un corazón muy firme para no sentir paralizado su palpitar ante los acontecimientos. Pero esto ha sido de siempre. El agachar la cabeza ante el turbión de hechos que, al agigantarse, nos empequeñecen; el advertir de repente, en el avanzar por la historia, que nos falta pie; el aturdirse ante el maremagnum de potencias contrarias que nos solicitan; el alzar la vista al cielo, sin encontrarlo; el sentirnos arrollados, desorientados, faltos de punto alguno de referencia, ciegos a toda luz capaz de guiarnos... Es natural, entonces, abandonarse, proclamando el fin de todo. Pero es también olvidar el inmenso caudal de recursos que dentro de nosotros podemos encontrar. En realidad, no se da ahí sino el lógico azoramiento del nadador inexperto que se encuentra, de súbito, demasiado alejado de la orilla, y en su turbación, más que ahogarse, se hace ahogar.

Pero es que hay, además, quienes, experimentados surcadores de la historia, duchos en la fría apreciación de los fenómenos, en analizar, pesar y medir, separando en cada momento lo verdaderamente característico de la hiedra que vela el tronco, se acercan a nuestro tiempo, y, tras verificar su meticoloso examen, se vuelven a quienes en angustiosa expectación aguardan su fallo, con un desalentado y desalentador: "¡no hay nada que hacer!". Y esto sí que es peligroso. Y significativo. Porque lo otro, lo otro podrá no pasar de superficial y probablemente efímero sentimiento multitudinario; pero esto es el convencimiento de quienes pueden gobernar, y de hecho gobiernan, el pensamiento de sus contemporáneos; el de su época. Y el que una

época, friamente, resueltamente, se desahucie a sí misma, nadie puede negar que reviste una importancia excepcional.

Quiero creer que en ello ha intervenido en no escasa cuantía una previa falta de meditación sobre las consecuencias de tal postura. Pues no se trata, sin más, del asentimiento a una tesis notoriamente sugestiva, y, lo que es más de apreciar, en más de un punto confirmada por los hechos. ¡Si sólo se tratara de asentir a la probabilidad de tales hechos! Pero es que no consiste solamente en eso la tesis a que me refiero. Admite Spengler, verbigracia —y vaya su nombre como más característico representante del determinismo histórico al que me refiero—, la intervención de lo fortuito; lo fué, dice, el que la cadena que enlaza los nombres de San Juan de Acre, Trafalgar, España, Rusia y Waterloo, diera al traste con el poder napoleónico; es lo que él llama azar. Pero lo admite restringido a los protagonistas, no a la obra. Napoleón, dice, pudo fracasar; el napoleonismo no fracasará. Aquéllo era azar; esto, sino. Sino, determinante de la historia, que nada tiene que ver con la causalidad; más bien inexorable fuerza contra la que nada cabe hacer cuando señala el ineludible paso de toda cultura por determinados ciclos. Claro está que la contestación puede ser inmediata, pues si se nos dice que en nada dependió la suerte del napoleonismo de Waterloo o la del cesarismo de Farsalia, sino de la fatalidad, podemos afirmar con entera seguridad que en todo eso no medió ninguna especie de fatalidad, sino una sola diferencia: que Waterloo o Farsalia fueron batallas de horas que decidieron la suerte de dos hombres, pero no más determinadas por la libertad humana de lo que pudieran serlo las batallas de siglos en que se jugó el porvenir de los dos sistemas dichos; mas para quien no repare en ello, ¿a qué queda reducido ese libre albedrío que ha estado enorgullecido al género humano durante generaciones? Vuelve en tal trance el hombre la vista atrás y sólo acierta a contemplar el humo de una cadena de ilusiones deshechas; mira en torno suyo y únicamente aprecia sobre la tierra calcinada las últimas pavesas de sus postreras esperanzas... ¿Qué de extraño tendrá que cuando alce la cabeza para escrutar el horizonte sólo sepa distinguir, siniestramente destacadas sobre el sol rojizo que se pone, las negras siluetas de una horda bárbara que avanza?

Pero si esto es así, veamos si lo es exactamente.

Mas antes señálese un nuevo factor, origen en no escasa medida del pesimismo sobre el cual escribo. No se trata ya del determinismo histórico a lo Spengler. Este al que ahora aludo admite la libertad, reconoce en la vida no algo que se nos da hecho, sino que nosotros mismos vamos haciendo, determinándonos, sercs, por eso, plásticos, y —repetiré aquí textualmente las expresivas palabras de Ortega— “por fuerza libres”, querámoslo o no lo queramos; pero también considera que esa libertad que a cada minuto nos sitúa ante una nueva encrucijada histórica de innúmeros caminos, se encuentra restringida por las elecciones ya hechas y que no podemos repetir. Léase, en efecto, no más que la *Historia como sistema*, de Ortega. “Inexorablemente, se nos dirá en ella, el hombre evita el ser lo que fué”; “las experiencias de vida hechas estrechan el futuro del hombre. Si no sabemos lo que va a ser, sabemos lo que no va a ser. Se vive en vista del pasado”; “el tiempo no vuelve porque el hombre no puede volver a ser lo que ha sido”; necesita, en fin, un nuevo autoritarismo si es que ha de buscar un autoritarismo; un nuevo liberalismo, si es que ha de volver al liberalismo... Las palabras, pese a la prevista elegancia de la expresión, se resienten de imprecisión; porque, ¿qué, sino liberalismo, por ejemplo, sería ese “nuevo” liberalismo?; ¿qué, pues, sino vuelta atrás, ya que nadie, que yo sepa, se ha atrevido jamás a preconizar el retorno a los peluquines o a la cota de malla, sino a lo sustancial que fué? (1). Mas, por lo mismo que son imprecisas estas palabras, pueden prestarse, en unión de otras que ya no lo son, a que nos las intrepren como declaración de defunción de toda experiencia pasada, de toda idea vivida; de todo, en suma, cuanto, aban-

(1) En *La rebelión de las masas*, Ortega mismo ha escrito: “no creo en la absoluta determinación de la Historia. Al contrario, pienso que toda vida, y por tanto, la Historia, se compone de puros instantes, cada uno de los cuales está relativamente indeterminado con respecto al anterior, de suerte que en él la realidad vacila, *piétine sur place*, y no sabe bien si decidirse por una u otra entre varias posibilidades”; y poco después, insiste: “más congruente con los hechos es pensar que no hay ningún progreso seguro, ninguna evolución sin la amenaza de involución y retroceso. Todo, todo es posible en la Historia —lo mismo el progreso triunfal e indefinido que la periódica regresión—”. (Ob. citada, Madrid, 1929, págs. 126 y 127.)

donado en cierta manera por la humanidad, pueda hoy presentársenos como *otra* solución posible, y que muchos creemos necesaria.

El pasado no vuelve. Pero, ¿por qué? No encuentro razones sólidas en que aparezca esta afirmación que, con solemne expresión dogmatizadora, se propone, más que a nuestro examen, a nuestro reverente acatamiento. ¡Si en nuestra propia experiencia individual ha vuelto mil veces! Es verdad que, dentro del vivir católico, el hombre en gracia tras la absolución de sus faltas no es exactamente el mismo que fué antes del pecado; pesa ya sobre él el recuerdo de la experiencia pasada; pero ¿acaso no es por ello sustancialmente idéntico al que fué antes de pecar, desde el punto de vista de la gracia? Pues si es a la cota de malla o a los peluquines a lo que esa negación de la vuelta atrás se refiere, ningún valor tiene negar lo que nadie ha afirmado; y si es a otra cosa, ahí está la historia para desmentirla. Sí; vista desde el capítulo final, cualquier historia parece fruto de una lógica cadena de circunstancias, en virtud de la cual lo que fué no podía por menos de ser. Acercándose a los acontecimientos, la lógica se nos escapa. Habla Ortega, verbigracia, de la evolución por la cual el cristianismo, fe viva en la alta Edad Media, fué insensiblemente cediendo el paso a una nueva fe en la ciencia, a cuyos postreros resplandores asistimos precisamente ahora. Y vista la cosa desde el mirador presente, parece natural, efectivamente, que esto fuera el resultado de aquella evolución; en última instancia, podrá ponerse en duda si lo que sucedió al Cristianismo como fe viva en las gentes hostiles a él tenía que ser precisamente aquéllo u otra cosa cualquiera; lo que jamás se admitiría es que una creencia pasada pudiera volver. Y, sin embargo, es lo que sucedió. Compárese el tremendo bache de religiosidad que en toda Europa significó el siglo xiv con lo que España llegó a ser en el xvi, doscientos años después. Por obra y gracia de una reforma que, por serlo, consistió en retornar a las fuentes perdidas, España había, verdaderamente, vuelto atrás, encontrando nueva vida en lo que superficialmente podía parecer falta de vida. Y lo que en España sucedió pudo haber sucedido en todo el Continente. ¿Qué tienen que hacer ahí los "sinos" spenglerianos o demás explicaciones de idéntico jaez? La rebelión de Lutero no era ---Balmes nos lo explica--- cosa de

mayor entidad que cualquier otra de tantas y tantas herejías anteriormente vencidas por la Iglesia. Como ellas, pudo ser vencida. Y si quien resultó serlo fué la potencia campeona de la causa contraria, no se debió a ninguna suerte de fatalismos, sino a una cuestión de contingencias que, al igual que de una parte, pudieron haberse decidido de la opuesta. Munster pudo no haberse dado; ¿y quién duda de que muy otra habría sido la suerte del mundo si Westfalia se hubiese dictado, no contra España, sino por España? Ni negaciones, pues, rotundas de la "vuelta atrás", ni determinismos. Porque, viniendo a fechas contemporáneas, ¿qué especie de sino influyó, en 1914, en el "milagro" del Marne? ¿Y cuáles fuerzas desconocidas llevan camino de decidir el presente conflicto, sino la mayor o menor potencia de aguante de las energías en lucha, su capacidad, las dotes de sus dirigentes, la destreza o la inhabilidad con que se dirigió aquella operación, aquella jugada diplomática?... Convendría irse curando de ilusorios apriorismos, por muy seductores que se nos presenten, y, dejando a un lado la lógica, empezar por darle al hombre lo que como autor de la Historia le pertenece; lo cual, habida cuenta de la naturaleza humana, podrá parecer menos impresionante, pero presenta en favor suyo la no despreciable cualidad de ser verdadero.

Claro está que no niego con ello, ¡cómo iba a negarlo!, el papel de las circunstancias. Con ellas ha de contarse en todo caso, y ellas son las que real y verdaderamente pueden aparecer ante el individuo perplejo en cualquier encrucijada histórica, cerrándole caminos. Pero ni el hecho de haberse ya recorrido algunos constituye motivo para estimarlos para siempre inaccesibles a nuevos viajeros, ni las tales circunstancias empujan al hombre indefectiblemente en un sentido preciso, ni siquiera su intervención es la que pudiera pensarse, sino increíblemente menos importante. En todo caso, ellas arrastrarán a quien, o por pesimista, se abandone a ellas, o, por sobrado optimista, las desdeñe en absoluto. A quien sepa apreciarlas en su justo valor y sepa apreciarse a sí mismo siempre se le ofrecerán vientos propicios a empujar, con mayores o menores dificultades, pero con éxito cierto a la larga, su barca en la dirección por él de antemano prevista. Muy extraño será lo contrario.

En quienes, sin embargo, se obstinan en considerar la tem-

pestad ingobernable cosa de todos los días o de la que nada puede salvar al por ella sorprendido, puede darse, como ya tuve ocasión de observar, un incorrecto análisis de los datos que hoy se nos ofrecen, y, sobre todo, un precipitado identificar "probabilidad" con "necesidad", confundiendo mundos tan diversos como el de la voluntad y el de la naturaleza; y se da, de fijo, un menosprecio harto irreflexivo de las posibilidades de la libertad humana. Porque es verdad que toda solución simplista, por lo mismo que lo es, tiene siempre a su favor grandes probabilidades de triunfo; pero la misma propensión al mal que en todos nosotros es reato ineludible de la primera falta, no impide, ni mucho menos, la posibilidad del bien, ni coarta esa riqueza de caminos por donde el individuo puede marchar. Y esto es lo que aquí me importa dejar bien sentado. No si el probable futuro dará la razón a la nueva Edad Media de Berdiaeff o a la nueva Roma de Spengler, si acierta Hauriou al proclamar al bien más coherente que el mal o Donoso al afirmar el triunfo natural del mal sobre el bien; sino que, en cualquier supuesto, lo que suceda será el resultado de un proceso libre. ¿Las circunstancias?... En la mayoría de los casos —recurriré al mejor Ortega de *La rebelión de las masas*—, "no son las circunstancias las que deciden; sólo sirven para obligarnos a la decisión". En el caso presente, las circunstancias que apuntan hacia ese final que induce a tantos a arrebujarse, impotentes y acobardados, bajo el ala de avestruz de su fatalismo, nos obligan a una decisión, que podrá ser la de ceder a ellas o la de indagar nuevos senderos más de nuestro agrado. ¿Será cosa de ir ahora señalando por menudo cuantos indicios puedan encontrarse por ahí favorables a lo que digo? Me basta con haberle negado consistencia a las razones de cuantos van pregonando no sé qué sombrías perspectivas. Podrán éstas llegar a ser. No son estas líneas ninguna especie de prosaica salutación a los optimistas lanzada por un optimista. En cierto modo, pueden parecer más hondamente pesimistas que las afirmaciones de los en ellas tachados de tales, puesto que aquí se proclama lo insuficiente o rotundamente inaceptable de todas las soluciones entre las que otros encuentran la que, al parecer, basta para tranquilizarles. Pero, por otro lado, lo desacertado del juicio que en vista de ello se formulara, apa-

recería de considerar que frente a tan problemáticas soluciones se afirma la posibilidad de la solución por excelencia.

No es ni quiere ser esta nota más que una serie de sugerencias ajenas a todo propósito de concretar siquiera temas harto complejos. Ya se comprenderá, con todo, a qué solución aludo. Porque podrá haber otras posibilidades, como, por ejemplo, la construcción de Europa como gran Estado nacional que Ortega brinda como única empresa capaz de contraponerse a la soviética; pero (sin prejuzgar por eso nada sobre la necesidad de tal quehacer, que muchas razones aconsejan calificar de urgente, al menos en lo sustancial de la idea) yo lo reputo insuficiente, a él y a cualquiera de idéntico signo laico, para enfrentarse con lo que con sobrada razón se ha calificado de teología satánica o con cosa parecida. Mi alusión, por eso, únicamente podrá referirse a una recristianización de la vida de las naciones, capaz de evitar, en el porvenir, las trágicas consecuencias que los falsos mitos, erigidos en dioses al apostatar del Dios verdadero, han producido. Y evitar también que esa "recristianización" se detenga en una serie de exterioridades y denominaciones desprovistas de la entraña católica, única que puede promover la resuelta aspiración de alcanzar —no importa cuándo— en el mundo futuro, el Reinado de Cristo. No desconozco que hay otras contingencias con mayor número de probabilidades en su haber. Pero no es mi objeto pesar probabilidades, sino señalar posibilidades, tanto más cuanto más lamentablemente estéril se me presente el oficio de profeta, si de las profecías sólo van a resultar suicidas quietismos. ¿Qué importan, en efecto, nuestras personales opiniones sobre lo que el mañana puede depararnos? Contentémonos con saber que en ningún caso, sean cuales fueren, nos eximirán del deber de obrar por Cristo, así supiéramos que nuestro personal esfuerzo era el único a tal fin aplicado. No es éste el caso de ahora; por el contrario, hay también fuerzas que pueden aprovecharse, aunque, naturalmente, sea condición saber aprovecharlas. Pero, aunque las probabilidades se juzgaran ínfimas, recuérdese cuántas oportunidades se vieron frustradas por el abandono previo de toda esperanza de aprovecharlas; cuántas batallas, de dudoso resultado, se perdieron por la entrega de un enemigo sobrado propicio a la desmoralización; cuántas batallas se decidieron sin lucha porque, a lo

mejor, el contendiente más débil supo conquistarse la victoria que de antemano leyó en la expresión de su contrincante. Cuantos hoy palidecen ante la posibilidad tremebunda de ellos sabrán qué locales cataclismos, cuantos, a imitación de ellos, tiemblan ante un mundo entregado a todos sabemos qué hordas, harían mejor en dedicar sus cavilaciones a descubrir los medios de presentar la batalla a esos enemigos; una batalla posible y no decidida de antemano ni mucho menos. En su actual estado, más me recuerdan a un puñado de niños agrupados, llorosos ante un fantasma al que de antemano se han rendido. Podrá haber fantasma o podrá no haberlo, que la cuestión no estriba en negar riesgos, y tremendos, a la hora que vivimos. Pero lo procedente parece ser obrar como hombres. Ir a ver lo que hay tras la cortina.

Ante las recientes palabras del Padre Santo en Roma, un determinista negaría, sin duda, la posibilidad de la esperanza que ellas proclaman, en cuanto no coincidiera con lo previsto por él como exigencia del "sino". Pero precisamente porque me siento humano no puedo conformarme con tal determinismo; no puedo sino aferrarme a la tabla de salvación que en esa esperanza se me brinda. Cuanto hoy se nos presenta como imponente alud, comenzó en ínfimo núcleo, vencedor, al cabo, de una realidad anterior también imponente. Son tantas las formas que la voluntad humana pueda adoptar, como ideas pueden nacer en el entendimiento; y si las circunstancias parecen cerrar el camino de las realizaciones a alguna, es mucho el poder de los individuos y muchas las mutaciones que Dios puede obrar en esa maravillosa obra suya que es el hombre, para desesperar de que, entre los mil caminos que su libertad le presente, deje de ser más perfectamente libre, escogiendo el que sabemos es de salvación. De un mal que tan sólo existe modalmente, como desorden, puede nacer más desorden; pero también puede originarse el bien. Esperemos lo segundo, como el Papa lo espera. Y reléanse sus palabras. Como medicina para temerosos y vacilantes nada mejor creo poder recomendar.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.



MUNDO HISPÁNICO

